

STAR CRAFT

HEART OF THE SWARM



Los Vikingos Perdidos

Por Matt Forbeck

—No estamos listos para esto. —Erick Snabb se retorció en el arnés de su vikingo mientras que la nave se desplazaba a gran velocidad por el cielo azul profundo de Braxis. Manejar esa máquina tosca era como montar una mula alquilada y tenía ganas de bajarse y darle unos golpes como si realmente lo fuera. Tal vez se guardaría ese tratamiento para el ingeniero que tuvo la idea de ponerle alas a un caminante de guerra y forzarlo a volar.

—Tú no estarás listo, novato —gruñó el mayor Stortand Varg por el canal de comunicación abierto—. Sabías en qué te metías cuando te ofreciste como voluntario.

Los otros miembros de la formación se rieron. Las mejillas de Erik ardieron de vergüenza. Lo reconfortó un poco el hecho de que nadie lo podía ver.

Entonces apareció la cara de Varg, fea y maltrecha por la guerra, en la pantalla de Erik y lo fulminó con la mirada. En el pasado, un hidralisco le había abierto la cara de un tajo con una de sus garras de un metro de largo y el veterano no se había molestado en hacerse la cirugía reconstructiva hasta que fue demasiado tarde para que sirviera de algo. La cicatriz le atravesaba la boca y hacía que los labios tuvieran una mueca permanente que exponía las prótesis metálicas que reemplazaban los dientes que había perdido en la batalla.

Para Erik, la cara de Varg era un recordatorio cruel de los horrores de la guerra que quería dejar atrás. Él había volado un *Ánima* para el Dominio por poco más de un año durante esa ruta de servicio distante que le asignaron y había disfrutado cada minuto. Erik nunca se había sentido tan vivo como cuando se sentaba frente a los controles de un caza, sintiendo el poder en sus manos y protegiendo a la galaxia para los terran.

Había considerado que era su obligación usar su talento y sus habilidades como piloto de combate donde pudiera hacer el bien. Luchar por el Dominio contra las fuerzas que amenazaban con estrangularlo en su cuna le había parecido la forma más inteligente de ayudar a la mayor cantidad de gente posible. Y digamos que tampoco le molestó mucho haber tenido la oportunidad de volar algunas de las máquinas más poderosas y mortíferas del sector.

Eso le había durado hasta conocer a Kyrie y enamorarse. Por mucho que adorara volar, no podía soportar dejarla en tierra. Había visto la manera en que Kyrie lloraba por él cada vez que se iba a la batalla, aterrada pensando que nunca volvería a verlo, y supo que no podía hacerla sentir así toda la vida o, peor aun, hacerla lamentar su muerte.

A sus superiores no les había gustado nada que quisiera renunciar. Lo arengaron con el hecho de que el emperador había invertido una fortuna en su entrenamiento y que Erik tenía que pasar el resto de su vida retribuyéndolo por ello. Sin embargo, al final, más allá de qué parte de él estaba de acuerdo con esos oficiales, Erik se había ido. Cuando se enteró de que Kyrie estaba embarazada, ni el mismísimo Emperador Mengsk habría podido convencerlo de que se quedara.

Tan pronto como terminó su ruta de servicio, se casó con Kyrie. Como regalo de bodas para ella, Erik obtuvo su licencia, subió a Kyrie y a Sif, la hijita dulce que tenían, a un transporte interplanetario y las llevó a Braxis.

Braxis, solitario y glacial, estaba lejos del resto del Dominio, lo que le daba a Erik la esperanza de que no caería en la tentación de volver al servicio. Casi lo hace un par de

veces después de ver las noticias en UNN pero siempre recuperó la cordura antes de partir hacia el puerto estelar.

En cambio, había vuelto a su trabajo: hacer transportes aéreos sobre los páramos helados de Braxis en los que llevaba mercancías de un asentamiento a otro y minerales preciosos desde las minas hasta las refinerías. Ganaba bien, pero lo mantenía alejado de Kyrie y Siff, a veces durante días. También le daba demasiados momentos para estar solo con sus pensamientos.

No bien mencionó la posibilidad de abandonar el planeta, Kyrie supo lo que realmente quería decir.

—Olvídalo —dijo ella—. Tenemos una buena vida aquí. Es seguro, está lejos de todos los problemas de alguien que se está construyendo un imperio y es el tipo de lugar en el que nuestra hija tiene una chance real de crecer con su madre y su padre. ¿Por qué querrías cambiar eso?

Erik se encogió de hombros.

—Es que no me siento muy útil aquí. Allí afuera se está escribiendo la historia de la humanidad y nosotros no vamos a ver ni las notas al pie de página.

Kyrie sacudió la cabeza.

—Dime que eso es más importante que tu matrimonio. Más importante que darle un padre a tu hija. Dímelo y lo pensaré.

Quería alejar la vista pero ella lo tomó de la barbilla y lo obligó a mirarla.

—Vamos—dijo ella—. Inténtalo.

No podía. La tomó en sus brazos y la sostuvo hasta que se le fue el ansia de partir.

Necesitó un abrazo muy largo.

Así que volvió a su trabajo y le sacó el mejor provecho posible. Si eso significaba ser un simple camionero, entonces sería el mejor camionero del planeta, carajo. Hizo un buen trabajo y ascendió en la organización. Sus jefes lo dejaron trabajar cerca de casa y lo mandaban a hacer viajes cada vez más cortos para que pudiera pasar más tiempo con su familia.

Estaba en paz. Se sentía satisfecho. Hasta feliz.

Y entonces llegaron los zerg.

Todo ese mineral precioso que Erik había estado transportando por todo el planeta resultó ser tan valioso para los zerg como para los terran. Los alienígenas no daban ninguna advertencia cuando invadían. No hacían ninguna demanda. Caían en la superficie de un planeta e inmediatamente se ponían a trabajar para tomar lo que querían y masacrar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Cuando Erik por fin llegó a casa, Kyrie estaba llorando. Sif (la niña dulce, pequeña, de ojos azules) había hecho todo lo posible por consolar a su madre pero no lo había logrado.

Se sintió tan aliviada al ver a su padre que corrió hasta él y saltó a sus brazos no bien abrió la puerta. Entonces, una vez que se sintió a salvo, ella también se permitió llorar.

Erik había estado escuchando los reportes de la UNN durante todo el viaje hasta su casa. Sabía que el planeta ya estaba perdido, al menos el Braxis que él conocía. Era solo cuestión de tiempo para que los zerg arrasaran con el último terran de la faz del planeta. Aunque el emperador enviara una fuerza para detenerlos, la guerra entre ambos lados haría trizas los asentamientos. Erik, Kyrie y Sif tenían que irse ya mismo y rogar que quedara algo en pie para cuando volvieran.

Estaban empacando sus cosas para la evacuación cuando llegó la llamada. El reclutador local le dijo a Erik que el ejército había armado un plan para frenar a los zerg, al menos por un tiempo. Con suerte, los contendría hasta que la mayoría de las personas del planeta hubieran tenido la oportunidad de escapar. Pero el Dominio necesitaba más pilotos aptos para el combate para poner en marcha ese plan desesperado, y los necesitaba ya.

Kyrie reaccionó de inmediato.

—Ve —le dijo a Erik mientras se secaba las lágrimas que le recorrían el rostro—. Ayuda en todo lo que puedas. Te estaremos esperando cuando regreses.

Erik se tomó el tiempo suficiente para darle un beso de despedida a Kyrie y a Sif antes de salir a toda velocidad a encontrarse con el reclutador.

En pocas horas, estaba en la cabina de un vikingo, en formación con una unidad de veteranos, volando a propulsión máxima hacia la cresta de las Montañas Grendel, el área en

la que el comandante dijo que la fuerza invasora zerg había aterrizado. No había volado un caza en tres años y esperaba que la memoria muscular en la que había confiado durante sus días de servicio se despertara repentinamente.

Pero el vikingo lo sacudió fuerte. Los controles tiraron de sus manos como las riendas de un caballo salvaje. Había demasiadas cosas a tener en cuenta y no había tenido tiempo para entrenar con esa chatarra antes de que le pidieran que se pusiera al volante.

—¿Están seguros de que no tienen un Ánima por ahí tirada? —había dicho Erik cuando el armero le dijo que iba a operar un vikingo.

El hombre se rió de él y sacudió la cabeza.

—Los pocos que teníamos están ayudando en la evacuación. Si vuelas con Varg, te toca un vikingo.

Erik había pasado tanto tiempo en su Ánima que era como una extensión natural de su cuerpo. En cambio, el vikingo se sentía como una violación, como si alguien le hubiese cosido quirúrgicamente dos piernas extra, tres brazos extra y una cola prensil a su cuerpo. El problema no era que no sabía cómo operar algunas de las piezas, sino que no podía deducir cómo coordinarlas todas para no sentir como si todo el tiempo estuviera por tropezar... o por estrellarse.

Por supuesto, el resto del equipo había pasado decenas, si no centenas, de horas en estas naves. Estos pilotos trabajaban juntos como una máquina bien aceiteada, capaces no solo de controlar a sus vikingos como los esgrimistas manejan sus espadas sino también de

anticipar los movimientos de los demás. Era como si sus acciones hubiesen sido coreografiadas y practicadas eternamente, como una llanura infinita en la que Erik resaltaría como un peñón.

Erik nunca se había subido a un vikingo (no a uno de verdad, sí al simulador) y nunca había conocido a ningún miembro del equipo, muchos menos trabajado con ellos. Había oído hablar de Varg, que era una leyenda en Braxis, pero el resto del equipo era un misterio para él. Si había un eslabón débil en esta cadena, Erik sabía quién era. Y rogaba que no se soltara y los matara a todos.

—Ya casi llegamos, niño —dijo Varg, interrumpiendo las cavilaciones de Erik—. La oportunidad de arrepentirse quedó en tierra.

—Quería defender a mi familia —dijo Erik para explicar por qué se había ofrecido para esta misión—. No sabía que tendría que hacerlo subido a una de estas.

—Te dieron la opción de luchar—dijo Varg—. Eso es mucho más de lo que nos dieron a los demás. Lo único que no pudiste elegir fue tu arma.

—Tengo que reconocer que entiendo cómo se siente. —El que hablaba era Olaf Kraftig, un hombre grande como un oso que volaba a estribor de Erik—. Estas bestias no son ni una cosa ni la otra. ¿Un caminante que se convierte en nave? No parece natural, ¿no les parece?

Varg se rió del comentario.

—¿Qué opinas de eso, Brasa?

"Brasa" era el apodo de la capitana Drake, una pelirroja alborotadora que Erik había visto en el hangar. No habían hablado, pero ella le había hecho una venia rápida cuando él subía a su vikingo y él había respondido al saludo, más por reflejo que por otra cosa.

—Es una máquina que puede hacer lo que sea —dijo ella. Su voz era tan áspera que Erik no pudo evitar preguntarse cómo se la habría lastimado. Nadie sonaba tan ronco naturalmente, ¿no?—. Superioridad aérea y apoyo terrestre. ¿Cómo no quererla?

—Puedes preguntarle a Johan —dijo Baleog Grym con un tono amargo—. Él era el que volaba la nave del joven Erik hasta la semana pasada.

Baelog era el quinto y último miembro de la formación y no había tenido nada para decirle a Erik durante todo el viaje hasta ahora. Al parecer, resentía la presencia de Erik y pensaba que la formación estaría mejor sin él. Erik no podía estar más de acuerdo.

—¿Qué le pasó a Johan? —preguntó Erik.

—Digámoslo así —dijo Baelog, tan sombrío como siempre—. Si siguiera estando entre nosotros, Varg no habría tenido que pedir voluntarios.

Olaf echó la cabeza atrás y rió.

—¡Muy cierto!

—Murió en un accidente de entrenamiento —dijo Brasa—. Perdió el control de su nave cuando se transformaba de caminante de asalto a caza de superioridad aérea. Se estrelló contra el piso.

—Ocurre más seguido de lo que crees —dijo Varg—. Volar un vikingo no tiene nada de fácil. Solo los mejores de los mejores lo logran.

Baleog rezongó al escuchar eso.

—Los mejores... o los desesperados.

—Mira —dijo Brasa—. Hoy en día, en Abraxis quedan pocos pilotos terran que hayan servido en combate. Varg no le habría pedido a Erik que viniera si hubiese habido otra solución.

Erik sintió una opresión en el pecho.

—¿Tan desesperados están?

—No te habría llamado si no pensara que puedes dominarlo —dijo Varg—. Tener un piloto malo en una formación es peor que tener un piloto menos.

—Cierto —dijo Baelog.

—Revisé tu expediente militar antes de que te llamaran. Tu viejo comandante dijo que eras el mejor piloto que vio en su vida. Que, de tu unidad, fuiste el que causó más bajas.

—¿Eso es verdad? —dijo Brasa.

—Supongo —dijo Erik sin el más mínimo orgullo.

—Bueno, en Abraxis quedan pocos terran en general —dijo Baelog sin poder ocultar una pizca de respeto en su voz—. Los protoss arrasaron con todo el lugar.

—¿Viste alguna foto de cómo era antes? —dijo Brasa—. Mucha llanura, redondo como una canica, con alguna cordillera aquí y allí. Bastante estándar. Ya no.

Erik había pasado mucho tiempo volando alto por encima de la superficie gélida del planeta. Algunos decían que Braxis era un cementerio helado. Él prefería verlo como un borrón y cuenta nueva.

Se maravillaba por la manera en que el planeta se había vuelto a formar tras el calor apocalíptico de la purificación protoss, que había convertido toda el agua del planeta helado, hasta la última gota, en vapor. Según lo que había dicho el señor Wotan (uno de los primeros terran en restablecerse en Braxis), la mayor parte de la superficie del planeta se había evaporado pero eso no significaba que había desaparecido.

Tras cumplir con su tarea nefasta, los protoss se habían ido, el planeta volvió a enfriarse y todo ese vapor de agua en el cielo se convirtió en nieve y granizo. Las tormentas deben de haber sido tan aterradoras como la purificación que las había precedido: precipitaciones vastas como océanos que volvieron a caer y cubrieron las tierras, arrasadas y expuestas por primera vez. El clima descabellado había creado estructuras cristalinas gigantes que parecían imposibles, que sobresalían de la superficie como obras de arte monstruosas o los juguetes de algún dios muerto.

En muchos lugares, el hielo se había vuelto a formar más sólido que nunca. En otros, se había formado una capa frágil que parecía estable pero que no era nada confiable. Tal vez soportaría toneladas de agua helada sin colapsar bajo su propio peso pero, con la presión exacta en el ángulo incorrecto, podía caer un área entera. Aunque nunca había tenido que

hacer un aterrizaje de emergencia en los páramos, Erik había oído historias de otros que sí y que vieron como el hielo se tragó su transporte entero.

—Sí —dijo Erik—. Se siente extraño pero es hermoso.

Las palabras escaparon de sus labios antes de que entendiera lo que significaban. Había aprendido a apreciar su nuevo hogar desde que él y su familia se mudaron allí. Era una pena que hubiera llegado a reconocerlo recién ahora que los zerg estaban a punto de echarlos.

—Si llegaste hasta aquí, te va a ir bien, chico —dijo Varg—. Es hora de que cerremos los picos y nos concentremos en nuestra tarea. Llegaremos a la ZA en 60 segundos.

A pesar del aliento de Varg, Erik se avergonzaba de lo mal preparado que se sentía para esta misión. El vikingo no ayudaba. Sentía que no se movía correctamente, al menos comparado con las Ánimas que recordaba tan bien.

—Estamos llegando muy rápido —dijo Varg—. Tenemos que bajar a un par de kilómetros del lugar de la infestación zerg y seguir a pie desde ahí. Los de arriba creen que eso nos permitirá acercarnos al área problemática antes de que comiencen a dispararnos.

Según los rumores, los zerg habían aterrizado en la cara opuesta del planeta y eran una fuerza preliminar que crecería hasta ser una invasión a gran escala. Braxis podría haber sido lo suficientemente grande para que convivieran las dos especies, pero a los zerg no les gusta compartir.

El Dominio había lanzado un ataque aéreo contra la infestación pero los zerg habían derribado los cazas terran antes de que pudieran completar la misión. Entonces, a algún genio de la estructura de comando se le ocurrió enviar a los vikingos. Poco después, llamaron a Erik.

La evacuación de todo personal prescindible había comenzado y Erik había estado planeando irse con su familia. No había pensado que el Dominio lo necesitaría si ya había decidido abandonar el planeta. Tal vez no tendría que haber respondido cuando lo llamaron pero, en el instante en que le dijeron quién llamaba, supo que su hiato del combate había terminado.

Sif y Kyrie saldrían con la segunda o tercera ronda de evacuados, como estaba estipulado. Se despidieron de él esa mañana. Erik y Kyrie habían acordado no decirle a Sif lo que ocurría, solo le dijeron que mami y ella se irían de viaje y que papi las alcanzaría no bien pudiera.

Darles un beso antes de irse (sabiendo que tal vez no volvería a verlas pero teniendo que ocultar cualquier indicio que alertara a su astuta hijita) fue lo más difícil de su vida.

Hasta ahora.

—Llegamos, Erik —dijo Varg mientras los vikingos rasaban la tierra en camino a un parche de nieve despejado—. Quiero que tú aterrices primero. ¡Cambia al modo asalto ya!

Erik tiró el vikingo hacia atrás lo más fuerte que pudo y aplastó el botón que bajaba las piernas de la nave. Cualquier otra máquina se habría detenido completamente ante una acción así, lo que habría sido fatal a esa altitud. La frenada repentina tiró a Erik contra su arnés, que lo sostuvo firme contra la inercia devastadora. Ahora entendió por qué el vikingo tenía más del doble de correas, almohadillas y arneses que el Ánima. Todas las subidas y bajadas desenfrenadas que hacía la nave al alternar de un modo al otro eran brutales.

Como lo ordenó Varg, Erik fue el primero en poner los pies de su caminante en tierra. Aterrizar un vikingo era una de las maniobras más complicadas de toda la flota. Si se iba a estrellar, era mejor que no lo hiciera encima de los demás.

Erik había volado sobre los páramos helados que cubrían la mayor parte de Braxis en más viajes que los que podía contar pero siempre se había sentido a salvo dentro de su transporte, a un kilómetro de altura o más. Esta era la primera vez que estaba tan cerca de la superficie del planeta fuera de los pocos asentamientos. Se preguntó si la nieve lo aguantaría o si se hundiría irremediablemente hasta llegar a lo que fuera que estaba debajo... y se preguntó qué tan profundo estaría.

La nieve cedió bajo las toneladas del vikingo pero las piernas del caminante encontraron un terreno sólido en el cual pararse apenas a medio metro de profundidad. Si era hielo o roca o algo totalmente diferente, Erik no lo sabía. Le bastaba con estar allí.

Envuelto en la nube blanca y densa que levantó su aterrizaje, Erik no veía nada. Adelantó la máquina y se arrastró por la nieve pesada y abundante. Las piernas del vikingo atravesaban ese caos gélido como si fuera aire pero el movimiento se sentía pesado.

La única experiencia de Erik con caminantes eran versiones civiles, los había usado para ayudar a descargar su transporte de vez en cuando. Probablemente esa fuera otra razón por la que Varg lo había llamado. No eran muchos los pilotos con experiencia en el uso de caminantes, aunque fuera nada más que con uno de los montacargas toscos que Erik había usado de herramienta en el centro de distribución.

Lo poco que sabía de caminantes militares no bastaba para saber si el movimiento de la máquina era normal. ¿La marcha era extraña por las características del vikingo o el clima tendría algo que ver? A esta altura, supuso que no importaba mucho. Fuera como fuere, iba a tener que soportarlo y tenerlo en cuenta mientras lo manejaba.

Cuando emergió del desorden revuelto que él y los otros habían hecho en la zona de aterrizaje, Erik se detuvo a analizar el paisaje. Una cordillera cubierta de nieve se apiñaba hacia el oeste, según la ventana emergente de su pantalla. O tal vez fueran montañas de nieve. No podía saberlo a esa distancia.

Unas planicies heladas dormían en el norte y el sur, y el viento lanzaba bucles de polvo blanco por el aire. No había nada que obstruyera la vista de Erik desde donde estaba hasta los horizontes más oscuros, con excepción de las nubes tormentosas que se movían a la distancia, cubiertas de relámpagos y preñadas de tormentas de nieve.

El cielo se aclaraba al este, donde los primeros rayos del sol luchaban por atravesar la cobertura de nieve incesante. Iluminaron una cresta que se extendía por kilómetros en ambas direcciones, formando un risco escarpado y cristalino de unos cientos de metros de alto. En otras circunstancias, la belleza absoluta de la vista habría dejado perplejo a Erik. En cambio, vio una infestación zerg que se anidaba en el risco que casi lo hace vomitar.

El tiempo que Erik estuvo con el ejército del Dominio lo había pasado luchando contra otros terran, más que nada rebeldes. Había seguido la lucha contra los zerg y los terran desde lejos, a través de las transmisiones de la UNN, pero nunca le había llegado la orden de combatir extraterrestres. Había visto zerg muertos pero nunca uno vivo, no en persona. La mayoría de los que sí habían visto uno vivo no tuvieron la suerte de sobrevivir a la experiencia.

La forma en que los bichos se escabullían por los bordes del risco, desapareciendo abruptamente y volviendo a aparecer a través de una serie de orificios comidos o perforados, le recordaba a una infestación de termitas que había visto de niño. Las termitas habían demolido la infraestructura de la casa donde vivía su familia. El exterminador les dijo que el daño era irremediable. Lo único que podían hacer era demoler su hogar.

Erik se preguntaba si Braxis ya habría alcanzado ese estado irreparable. No sabía cuánto les costaría eliminar a los zerg del planeta, pero si las criaturas lo habían infiltrado como habían plagado el risco, no se le ocurría otra solución para desalojarlos que no fuera un bombardeo orbital.

—¿Qué carajo vamos a hacer? —dijo Erik.

—Matar a los malos —dijo Varg—. No bien podamos.

Erik miró por la cámara trasera y vio que todos habían emergido de la zona de aterrizaje. ¿Podría el hielo soportar el peso de sus vikingos? Si bien los vikingos podían volar, cuando andaban por la tierra dejaban una huella profunda. Si hubieran estado parados sobre un mar congelado, Erik podía imaginarse atravesando la corteza de hielo y desapareciendo en las aguas negras.

—A marchar. —Varg comenzó a caminar a través de la nieve, levantando polvo blanco al andar. Erik y los otros formaron línea detrás de él rápidamente y, marchando en grupo, en segundos hicieron que la visibilidad del área fuera de unos pocos metros.

—¿Cuál es el plan de aquí en más? —preguntó Erik. Tal vez tendría que haber esperado a que Varg comenzara a ladrar sus órdenes pero necesitaba saber en qué se estaba metiendo.

El mayor refunfuñó. A Erik le estaba costando distinguir la espalda de la armadura de Varg, que caminaba apenas unos pasos delante de él.

—Debemos crear una distracción —dijo Varg—. Tenemos que mantener a estos bichos ocupados hasta que el mando pueda alistar al resto de nuestras fuerzas... o decidirse a huir con los civiles.

—Nos están usando de carnada. —Baelog gruñó en aprobación de lo que había dicho Varg—. Tenemos que bajar del lado más lejano de la infestación zerg y atraer la atención de sus fuerzas lejos de los asentamientos.

—Exacto —dijo Varg—. No necesitamos exterminar a esos bichos. Basta con atraer su atención el tiempo suficiente para que nuestra gente escape.

—¿Y qué pasará con nosotros? —inquirió Olaf.

Erik odió a ese hombre corpulento por hacer esa pregunta. Él también había querido hacerla pero le tenía miedo a la respuesta. ¿De qué les servía saberla?

—¿Qué dices, Varg? —preguntó Baelog—. ¿Contamos como pérdidas aceptables?

—Claro que sí, carajo. Todos nosotros. ¿Qué es más importante: un grupo de vikingos o todos los terran del planeta?

Siempre que "todos los terran" incluyeran a Kyrie y Sif, Erik conocía la respuesta.

Avanzaron en silencio, sus vikingos los acercaban más y más al risco gélido. Aunque Erik ya no podía verlo por la nieve que se arremolinaba alrededor de ellos, sabía que estaba allí y daba cada paso adelante con miedo. Pero eso no le impidió seguir avanzando.

—¡Alto! —dijo Varg y levantó uno de los cañones Gatling de su vikingo para atraer la atención de todos.

Erik y los demás se detuvieron en donde estaban. La nieve que venían levantando con los pies volvió al suelo haciendo espirales. El sistema de control climático del vikingo mantenía limpio el parabrisas de Erik, que ahora podía volver a ver la cresta de la montaña. Estaba mucho más cerca que antes.

Varg hizo un ademán hacia la cresta con un cañón Gatling. Había obreros zerg entrando y saliendo de infinidad de túneles en la montaña. Algunas partes estaban cubiertas con talo, una sustancia que a Erik le recordaba a una tela de araña y que cubría la mayor parte de la cresta y convertía el blanco destellante en un gris sucio.

Sobre la cresta, unas cosas que Erik no reconocía estaban suspendidas en el aire y se movían hacia adelante y hacia atrás como medusas voladoras. No podía determinar qué clase de zerg eran pero sus indicadores los identificaban como amos supremos. Estaban fuertemente custodiados por unos mutaliscos.

—Vamos a ir por tierra hasta que estemos bien cerca para pegarles a esos bichos de mierda con todo lo que podamos tirarles. Los vikingos se mueven demasiado rápido por aire, no se puede apuntar bien a las criaturas que están en tierra.

Erik rezongó.

—Los ingenieros que construyeron estas cosas podrían haber incluido armas que pudieran apuntar hacia abajo. —Su Ánima podía atacar a objetivos terrestres y aéreos sin acercarse al campo de batalla, y no tener esa flexibilidad le dolía.

Baleog le rugió.

—El vikingo es y siempre será el pináculo de los sistemas de combate personal terran. ¿Quieres pelear contra algo en el aire? Te vas al aire y le disparas. ¿Quieres pelear contra algo en la tierra? Bajas a ensuciarte los pies. Ninguna otra arma es tan flexible o peligrosa. Dentro de mi nave, puedo enfrentarme a cualquier otra máquina terran y hacerla pedazos. Cuando gustes, estás invitado a subirte al vehículo que quieras y poner a prueba ese desafío.

Erik tartamudeó una disculpa.

—Era un comentario, nad...

Baleog lo interrumpió.

—Tal vez seas el mejor jefe de transporte del planeta, pero aquí no eres más que un pichón de boca grande. Ahora cállate y procura aprender algo así no haces que nos maten a todos.

Erik no respondió.

Varg volvió a apuntar su cañón Gatling a la cresta.

—Nos acercaremos rápido antes de que nos vean, después les damos fuerte con nuestras armas grandes. Cuando eso llame su atención, enviarán unas tropas terrestres. Volveremos al aire y cambiaremos al modo caza antes de que nos alcancen.

La punta del Gatling de Varg se elevó y señaló a los zerg aéreos.

—Desde allí, avanzaremos y destruiremos a todos los bichos voladores que podamos.

Primero concéntrense en los mutaliscos: son los que tienen alas. Esos son los más peligrosos.

—¿Y cuándo hayamos terminado con eso? —preguntó Brasa. A Erik le gustó que planeara a futuro.

—Aterrizaremos y volveremos a atacar a los bichos terrestres. Seguiremos así hasta que nos digan que es hora de volver a casa. ¿Está claro?

—Como el hielo —dijo Brasa. Los demás coincidieron.

El plan parecía bueno. Tenía el beneficio de la simpleza, cosa que Erik apreciaba, teniendo en cuenta la poca experiencia que tenía al mando de un vikingo. En sus tiempos de volar ánimas, sus comandantes habían usado las mismas tácticas de ataque y retirada pero sin la molestia de tener que aterrizar y volver a despegar. Erik sintió un brote de esperanza, algo que no había sentido desde que se enteró de la invasión zerg.

A la señal de Varg, reanudaron la marcha. Cuando alcanzaron un rango de los zerg que le pareció aceptable, el mayor volvió a dar la señal de alto. Cuando la nieve se asentó otra vez, Erik vio lo grande que era la cresta en realidad y volvió a perder la esperanza.

A esta distancia, Erik podía ver el color de los caparazones zerg, los violetas amoratados y los verdes antinaturales que se destacaban en la paleta básica de marrones mierdosos que cubría todo lo zerg. Podía ver las mandíbulas moverse, masticar, y se le revolvió el

estómago del asco. No tuvo mucho tiempo para regodearse en el terror que crecía en su interior.

—¡Denles con todo! —Varg comenzó el ataque con sus cañones Gatling y el resto de los vikingos se le unió.

Erik levantó sus propios cañones, montados en sendos hombros del caminante, y les dio rienda suelta. Una ráfaga de balas salió como agua de una manguera y atravesó la coraza dura de los zerg, el talo espeso y viscoso y el hielo que estaba aplastado bajo él. La coraza del vikingo protegió los oídos de Erik del estruendo que producían las armas pero inevitablemente podía sentir el traqueteo constante de la descarga vibrar hasta sus huesos.

Baleog aulló gozoso mientras el asalto de los vikingos cubría la pared del risco con una pasta violeta de zerg, y Brasa y Olaf se le unieron. Los vikingos habían tomado por sorpresa a muchas de las criaturas, las habían matado antes de que pudieran huir. Otras criaturas lograron volver a meterse en la cresta por la miríada de túneles que habían comido antes y desaparecieron.

—¡Sigán así! —dijo Varg. ¡Los estamos haciendo correr!

A Erik se le escapó una sonrisa que notó que no podía dominar. Destruir a esos bichos era una emoción más grande de lo que había imaginado. El hecho de que hacerlo podía llegar a salvar a su esposa e hija y a toda la gente de los asentamientos aumentaba aun más esa sensación.

Sus armas comenzaron a brillar. Al principio, tuvieron un tono rojizo en las puntas pero en poco tiempo el color se expandió por los cañones, cada vez más brillante. El calor generado por la fricción de las balas debió de ser tremendo, más aun si se tiene en cuenta el frío que hacía.

—¡Van bien, mis vikinguitos! —dijo Varg.

En lugar de enterrarse en la cresta, una línea de zerg corrió frenéticamente al pie del risco. Erik los siguió con sus armas y los hizo pedazos. Los pocos que escaparon se metieron en los túneles que estaban cerca de la base y Erik redobló sus esfuerzos para hacerlos salir a los tiros, para exponerlos en sus escondites, violentamente, bala por bala.

—¡Cuidado, chico! —dijo Varg—. ¡Levanta las armas! Si sigues así, vas a tirar abajo todo el... Ay, mierda.

Al mismo tiempo que Varg decía eso, el lado de la cresta comenzó a colapsar. Empezó por una sección pequeña cerca de la base donde Erik había estado concentrando su fuego. Acababa de detectar una infestación zerg enorme y, sin importar cuantas balas les disparara, más criaturas seguían saliendo de sus agujeros, como si no tuvieran suficiente lugar para esconderse.

Erik vio lo que ocurría cuando los primeros metros de hielo se derrumbaron. Los zerg expuestos estaban tan apretados que casi brotaron con el hielo fragmentado y salieron corriendo a buscar escondite como cucarachas expuestas a la luz. Pero no llegaron lejos: el resto de la pared cayó sobre ellos.

Sin el hielo en la base en donde se apoyaba, ese lado de la pared se rajó, se desmoronó y se estrelló contra el suelo como una combinación de avalancha y cascada. Erik pudo sentir el impacto a través de la aislación del vikingo como un trueno interminable. Al impactar, el hielo se hizo trizas, salió volando y formó una nube gigante que cubrió la cresta como una ola de nieve.

—¡Carajo! —dijo Varg—. ¡Prepárense!

Erik ya había plantado sus pies vikingos en el hielo para soportar los culatazos de sus cañones Gatling. No pensó que la avalancha de nieve pudiera ser mucho peor. Tan pronto como le pegó, se dio cuenta de lo equivocado que estaba.

La nieve no era ese polvo fino y revuelto que obstruyó su visión cuando él y el resto de los vikingos caminaban por el terreno. Esto eran pedazos de hielo sólidos, pesados, que habían estado ahí desde que el planeta se había vuelto a congelar tras la purificación protoss. Lo chocó como un tanque, lo hizo retroceder y lo enterró cada vez más profundo, centímetro a centímetro.

Al principio, Erik se resistió con fuerza, luchó por mantenerse erguido, pero pronto se dio cuenta de que era en vano. Levantó los brazos armados con Gatlings e hizo todo lo que pudo por estar por encima de la ola de nieve, que crecía más y más. La nieve levantó al vikingo y por un momento Erik sintió como si la máquina estuviera flotando en un tsunami.

Y entonces todo se puso blanco. Y luego, negro.

Un impacto de avalancha es como si la naturaleza estuviera haciendo su mejor esfuerzo para matarte. El ruido (un estruendo como un trueno que viene de la tierra) lo atravesó fuerte y rápido hasta que Erik se sintió como si ese ruido lo hubiese absorbido y Erik se hubiese convertido en parte de él. A pesar de que podía respirar tranquilamente dentro del vikingo, la velocidad y la fuerza de la avalancha lo sacudieron contra los arneses de seguridad hasta dejarlo sin aire. Estaba seguro de que iba a morir y, si eso era lo que tenía que ocurrir, esperaba que fuera rápido. Al menos así el terror indescriptible de ese instante terminaría y ya no tendría que sentirlo más.

Usó su miedo como una espuela y forcejeó para hacer que el vikingo nadara hacia la superficie de la avalancha, usando las piernas hidráulicas y sus brazos armados para enderezar la nave como pudo. Casi instantáneamente, la fuerza de la nieve le quitó los controles (y su destino) de las manos. Cuando el vikingo al fin se detuvo dentro de un revuelto gigante de hielo, piedras y nieve, el ruido se apagó y Erik se dio cuenta de que estaba vivo... y totalmente atrapado.

De pronto estallaron ruidos de pánico en el sistema de comunicación de Erik. No podía dilucidar ninguna palabra claramente. Solo pudo interpretar que la gente con la que había venido estaba en grandes problemas y que no podía hacer nada para ayudarlos.

—¡Repórtense! —dijo Varg. Podía ser que lo hubiera estado diciendo hace rato—.
¡Paren ese griterío y repórtense!

Acabado el peligro inmediato, Erik sintió que un terror nuevo surgía de la situación en que se encontraba, lo alcanzaba y se lo tragaba. La voz fuerte e imperturbable del oficial fue como una soga de la cual aferrarse. —¡Aquí! —dijo Erik.

—Presente —dijo Olaf.

—¡Ey! —dijo Baleog.

No respondió nadie más.

—¿Brasa? —dijo Varg—. ¡Mierda! ¿Brasa?

Nada.

Entonces oyó su voz en el intercomunicador, suave y débil pero clara.

—Ah... —dijo ella—. Aquí.

—¿Alguien la ve?

—Yo no veo nada —dijo Baelog—. Estoy totalmente enterrado.

—Me temo que me caí —dijo Olaf con un gruñido de dolor.

Erik echó un vistazo del otro lado de su parabrisas y no vio más que un gris tenue. Supuso que eso era bueno. Si hubiese estado enterrado profundamente, vería todo negro. El hecho de que pudiera ver algo significaba que no estaba tan lejos de la superficie de la avalancha... o eso esperaba.

—No tengo visual. —Trató de mover los brazos del vikingo. Los cañones Gatling estaban tan calientes que pensó que tal vez habían derretido la nieve que entró en contacto con ellos. Sin embargo, se sentía como si estuvieran revestidos en bloques de hielo congelados instantáneamente. —Tampoco puedo mover mis armas.

—No entren en pánico —dijo Varg—. Todavía no estamos acabados.

—Claro —dijo Baelog—. Todos los que no nos llamemos Brasa.

—No estás ayudando —dijo Varg y dudó por un momento—. ¿Alguno tiene los controles de transformación operacionales?

Erik chequeó las pantallas del visor. La sección de diagnóstico estaba toda verde excepto por las armas, que resaltaban en amarillo brillante.

—Yo estoy bien —dijo.

—Yo también —dijo Baleog—. La pierna izquierda de mi máquina está destrozada pero la cabina sigue intacta.

—Afirmativo —dijo Olaf—. Mi cabina también se mantuvo íntegra. Pero perdí uno de mis cañones. Una roca me lo arrancó de un golpe.

—Enciendan esos motores —dijo Varg—. Activar las turbinas de propulsión vertical debería generar suficiente calor para liberarlos.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Baleog.

El mayor gruñó.

—Estoy entero pero la avalancha me dejó patas para arriba. Si activo mis motores, iré en la dirección contraria. Es posible que me pueda liberar pero necesito que ustedes tres aflojen todo un poco.

—Yo creo que podremos, ¿no? —dijo Erik—. Ya cumplimos con nuestra misión, lo que nos debería dar tiempo de sobra. E hicimos mucho más que distraer a los zerg. Esa avalancha debe de haberlos aplastado a ellos también. El tiempo está de nuestro lado.

Baelog soltó una risa tajante, amarga.

—No sabes mucho de los zerg, ¿no?

Erik, que había estado bastante feliz por la avalancha causada hasta que lo atrapó, sintió una opresión en el pecho.

—¿Qué pudo haber sobrevivido a eso?

Varg tosió una risa débil. Erik se preguntó si sería posible que ese hombre estuviera en peores condiciones de las que dijo.

—Los zerg se entierran, chico—dijo Varg—. A menos que el hielo los haya aplastado, tienen todo lo que necesitan para salir excavando.

—Algunos habrán muerto —dijo Baelog. A pesar de sonar hosco, Erik detectó una nota de miedo en sus palabras—. ¿No?

—Seguro —dijo Varg—. Tal vez. ¿Pero todos? Imposible. Están ahí fuera y están enojados.

—Enojados y con ganas de vengarse. —La voz de Olaf sonó pequeña para un hombre tan grande.

Varg respondió con un simple gruñido.

Erik comenzó a activar el modo caza de su vikingo lo más rápido que pudo. Lo hizo en secuencia, repasando en su cabeza los pasos que Varg le había hecho repetir una y otra vez en el vuelo hasta allí. Cuando Erik llegó a la parte en la que tenía que verificar que la nave no estuviera atrapada o bloqueada de ninguna forma (porque eso podía causar una sobrecarga que haría explotar los motores del vikingo), la pasó por alto. No tenía otras opciones.

—¿Combustible reorientado? Listo —se dijo a sí mismo—. ¿Desactivación de las piernas? Listo.

Se estiró y alcanzó la palanca que transformaría los brazos de su vikingo en alas. Pulsó el botón verde de seguridad en la punta de la palanca, luego tiró de ella con toda la fuerza posible.

No pasó nada. Nada de nada.

Maldijo y volvió a tirar de la palanca usando todos los músculos posibles. Sentía que la palanca comenzaba a ceder pero temía que terminaría arrancándola. Escuchó con atención

y le pareció oír que los servos del vikingo protestaban al tratar de sacar la nave de lo que debería de ser como una tonelada de nieve encima.

—¡Estoy atorado! —dijo Erik—. El procedimiento estándar no está dando resultados.
¿Alguna idea?

—Yo también estoy atorado —dijo Olaf.

—Intenten activar sus propulsores VTOL —dijo Varg—. Que corran solos. Denles la menor cantidad de combustible que puedan.

—¿Y si desactivamos el circuito de apagado automático? —dijo Erik. Lo ponía nervioso probar eso; el gobernador lo había instalado para impedir que rompiera la nave por accidente. Sin embargo, en este momento necesitaba toda la ayuda que la máquina pudiera darle aunque fuera peligroso.

—Mal no le va a hacer —dijo Varg—. Bueno, podría hacerla explotar, pero ese es el menor de nuestros problemas.

—¿Qué es eso? —dijo Brasa—. ¿Qué es ese ruido?

—¡Brasa! —gritó Varg—. Que no te atrape el pánico.

—Hay algo... Hay algo ahí fuera —dijo Brasa y en su voz de dolor comenzaba a asomarse un tono de preocupación—. Se oye cómo rasguña mi nave.

—¡Son los zerg! —dijo Varg—. ¡Tienes que moverte, Brasa! ¡Haz algo ya mismo!

Un crujido horrible sonó en el intercomunicador. Erik sabía bien de dónde venía pero igual se sobresaltó.

—Mierda —dijo Baleog; el terror había suavizado tanto el tono de su voz que Erik se tuvo que esforzar para entenderle—. La encontraron.

Un grito salió del comunicador y cortó el aire de la cabina de Erik.

—¡Fuera! —dijo Brasa y su voz era terror puro.

Entonces se escuchó algo más que parecían clics y dientes y fluidos, todo junto. Erik se estremeció.

—¡No! ¡NO! —Luego hubo otro sonido horrible, como una gárgara, que sonó demasiado humano... y que se silenció de golpe.

Erik quería lanzar un grito de furia a los zerg. No había llegado a conocer bien a Brasa. Nunca había trabajado con ella hasta ese día. Pero sentía una necesidad dolorosa de pulverizar hasta la última de esas criaturas malditas que la habían matado.

En cambio, cortó el protocolo de seguridad que incluía el circuito de autoapagado y disparó sus propulsores VTOL. Sintió que resucitaban. Tal vez fuera demasiado tarde para salvar a Brasa pero, si no se movía, sería demasiado tarde para salvarse incluso a sí mismo.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Vamos!

Trató de mover las piernas de su vikingo y descubrió que la nieve que las rodeaba se había aflojado. Probablemente se había transformado en vapor ardiente. Sabía que, si llegaba a apagar los propulsores ahora, se volvería a formar hielo alrededor de las piernas en unos pocos segundos y quedaría más atrapado aun en la costra de hielo de Braxis.

Aceleró un poco más sus propulsores VTOL y sintió que la armadura se sacudía de pies a cabeza. Algo iba a ceder, pronto. Lo único que rogaba era que no fuera el vikingo. Si los sobreexigía, los propulsores podían fallar y eso lo mataría más rápido que los zerg. Al menos todo se terminaría pronto.

Lento o rápido, Erik no estaba listo para morir. Volvió a acelerar los propulsores VTOL y esta vez oyó un crujido horrible.

Sobre él, apareció la luz del día y su brillo casi lo ciega.

La nieve bajo sus propulsores VTOL había pasado de estado sólido a gaseoso y la presión que eso generó se había acumulado alrededor de su vikingo hasta que encontró una forma de escapar. En lugar de aplastar su nave, el vapor se expandió hacia arriba hasta que encontró un punto débil en las capas de nieve que sepultaban a Erik y las hizo volar.

—¿Estás bien, chico? —preguntó Varg.

—Sonó como si su nave hubiese explotado —dijo Olaf con la voz llena de asombro.

—Prefiero eso a que te coman los zerg —dijo Baleog.

Erik quería responder pero estaba demasiado ocupado en hacer que su vikingo volara. Estaba acostumbrado a volar en naves más razonables. Pasar de estar de pie a volar por los aires no era fácil en condiciones normales. Hasta un experto como Varg habría tenido problemas para salir de un agujero profundo sin que la nave saliera dando giros.

Erik luchó con los controles, tratando de reordenar las maniobras apropiadas que lo pusieran en vuelo y estable. Logró salir del agujero bastante rápido pero no logró hacer un ángulo perfectamente recto y patinó un poco, de regreso al hielo. Tuvo que bajar con fuerza los propulsores verticales y luego luchó por lograr el balance como un equilibrista que lucha contra un tornado sobre una cuerda floja.

Pero sobrevivió. Un momento más tarde, le dio un puñetazo al control que activaba el resto de la transformación. Las piernas de la nave se plegaron y las alas de los hombros se desplegaron, lo que le dio el impulso que necesitaba para quedarse en el aire.

—¡Salí! —dijo.

Baleog gritó de alegría y Varg se le unió.

—¡Excelente trabajo! —dijo Olaf—. ¿Podrás darnos una mano?

—Esperen —dijo Erik—. A ver qué puedo hacer.

Impidió que los propulsores traseros se alinearan por completo. Si ponía a toda marcha los motores, entraría totalmente en modo de vuelo y el impulso del vikingo le dificultaría mucho volver para ayudar a los otros. Claro que aterrizar su vikingo sobre el hielo lo

volvería vulnerable a los zerg enterrados pero Erik sabía que no tenía otra opción. Tenía que tratar de ayudar a sus compatriotas.

El único problema era que no tenía ni idea de dónde estaban. La avalancha no solo lo había hecho dar vueltas hasta marearlo, también había arruinado la mayoría de sus sensores. No podía localizar dónde estaba, mucho menos el resto de los pilotos.

—No los veo —dijo—. ¿No podrán... no sé... disparar una bengala o algo así?

Un instante después, la nieve a unos diez metros comenzó a brillar por una luz que venía del fondo.

—¿Te sirve eso? —dijo Olaf.

—Buenos faroles —dijo Erik—. Voy en camino.

Movió su nave adonde brillaba la nieve recién removida y volvió a bajar las piernas. Activó los propulsores VTOL hacia abajo y se asomó para ver cómo se derretía la nieve debajo de ellos. Pero le costaba mirar en esa dirección y el vikingo enterrado no aparecía.

Erik no quería que se derritieran los lugares donde se apoyaba hasta que los otros aparecieran. En primer lugar, porque se quedaría sin combustible o sin tiempo. En segundo lugar, tenía que tener cuidado de no derretir a sus compañeros con la nieve. La coraza del vikingo los protegería parcialmente del calor pero no soportaría una exposición prolongada al fuego.

—Si pudieras retroceder unos dos metros —dijo Olaf— debería bastar.

Los faroles de Olaf no brillaban verticalmente sino en ángulo, descubrió Erik. Se alejó de la superficie de la avalancha y aceleró con fuerza sus propulsores, que lo lanzaron por el aire hasta ver cómo aparecía la parte superior del vikingo de Olaf. El hombre enorme gritó de alegría.

Erik se movió a un lado rápidamente y, en unos instantes, la nave de Olaf se levantó de su tumba helada y flotó a su lado.

—¿Y los demás? —preguntó Erik—. ¿Dónde están?

—¡Lárguense de aquí! —dijo Varg—. Esos mutaliscos deben de estar volviendo en este momento.

Erik miró hacia arriba, algo que no había tenido tiempo de hacer antes, y vio que Varg tenía razón. En lo alto, un montón de zerg voladores, más de los que podía contar, se zambullían hacia ellos. No sabía cuándo lo habían visto, si fue cuando salió del hielo o cuando usó sus propulsores VTOL para liberar a Olaf. No importaba: se acababa el tiempo.

—Tenemos un minuto. —Erik no estaba seguro de si estaba mintiendo pero no tenía intenciones de abandonarlos—. Dame una señal, algo, y te liberaremos.

—Estoy atorado cabeza abajo —dijo Varg—. Los faroles no servirán de nada. —Dudó un momento—. ¿Ven algo?

Erik analizó el revuelto de hielo y nieve. Vio que algo brillaba pero, cuando hizo avanzar a su vikingo, resultó que era un reflejo del sol. Si hubiera estado más oscuro, podría haber visto las luces del vikingo de Varg, pero no podía quedarse ahí sentado esperando que bajara el sol.

—¿Armas? —sugirió Erik. Era peligroso que el mayor disparara en ciego pero a esta altura se acababan las opciones.

—Las malditas armas están congeladas.

—Tengo el mismo problema —dijo Baleog—, pero creo que pude hacer funcionar mis propulsores. Denme un segundo.

—¡Ay! ¡Mierda! —dijo Varg—. ¡Ya los oigo! ¡Están penetrando mi blindaje!

—¿Dónde estás? —dijo Erik— ¡Muéstrame algo! ¡Lo que sea!

—¡Aléjense! Yo ya soy hombre muerto, ¡pero me voy a llevar conmigo a todos los hijos de puta que pueda!

—¡Espera! —dijo Baleog—. ¡Dame cinco segundos más!

—No creo que pueda... ¡Aajj! ¡Penetraron la cabina!

Erik estudió la nieve bajo él pero la avalancha había alisado todo. Con excepción de los agujeros que Olaf y él habían hecho, no podía distinguir ninguna diferencia en toda esa nieve. Lo único que sabía era que el mayor estaba ahí abajo, muriéndose.

El sonido de disparos crujió en los comunicadores, mezclado con los gritos de ira, frustración y furia de Varg. El mayor disparó munición tras munición hacia las criaturas, con la determinación de matar a todos los zerg que pudiera. Erik no sabía si el mayor procuraría guardarse una bala para él mismo.

Erik quería derretir toda la nieve que había hasta encontrar a Varg y rescatarlo pero sabía que no había tiempo. Lo único que podían hacer ahora era salir volando lo más rápido posible.

Levantó la vista y vio que un mutalisco ya estaba sobre ellos. La criatura enorme, con alas de murciélago, les clavó sus ojos de color rojo profundo y apuntó su cola enorme hacia ellos: en la punta tenía unas fauces con colmillos que se abrían hacia él con una resolución famélica.

Olaf ya estaba transformando su vikingo al modo aéreo. Cuando el mutalisco estaba cerca de él, aceleró sus propulsores al máximo y desapareció.

Erik trató de hacer lo mismo pero se dio cuenta de que nunca completaría la transformación a tiempo así que hizo todo lo posible para alejarse de la criatura. Su única esperanza era que el bicho hubiese calculado mal la distancia al suelo y que se estrellara antes de poder corregir su curso.

Pero el mutalisco se levantó en el último instante, su cola se sacudía frenéticamente y casi pega con la nieve. Si bien no se estrelló, estuvo tan cerca de hacerlo que tuvo que enrollar la cola para amortiguar su aterrizaje parcial sobre el hielo.

El zerg rebotó como si saltara sobre la curvatura de su espalda, mientras sacudía con fuerza las alas totalmente desplegadas. Entonces, el suelo debajo del mutalisco explotó. La explosión lo hizo pedazos y expulsó al vikingo de Erik hacia atrás.

Cuando logró afirmar las piernas del vikingo en la nieve, Erik quiso mirar hacia el cráter humeante que había aparecido pero sabía que esa indulgencia podía costarle la vida. Le habían dado otra oportunidad para sobrevivir y no pensaba desperdiciarla.

Asestó los controles que hacían volar su vikingo y se tiró hacia atrás en el arnés, preparándose para el tirón de inercia que se venía. Echó un vistazo hacia arriba y vio que los zerg que se acercaban agolpados se esparcían. Si no se movía rápido, se cerrarían sobre él como una red.

El vikingo avanzó a toda velocidad. Si el transporte que había conducido en su trabajo era una bestia de carga, el vikingo era un depredador selvático: rápido, ágil y casi imposible de controlar. Erik sintió que la nave luchaba por librarse de su dominio y supo que, si se le soltaba el control apenas un poco, tal vez no viviera lo suficiente para arrepentirse de su error.

Olaf se había llevado a algunos de los mutaliscos pero la misma cantidad convergió sobre la nave de Erik. En su pantalla flotante aparecieron dos retículas que apuntaron a dos mutaliscos que se acercaban y él entendió la sugerencia. Apretó un gatillo y disparó un par de torpedos Lanzor.

A Erik le pareció que volaban casi tan rápido como el vikingo y temió llegar adonde estaban los mutaliscos al mismo tiempo que sus municiones. Los torpedos se estrellaron contra las criaturas, detonaron y esparcieron esquirlas y pedazos de zerg por todas partes. Erik piloteó su vikingo a través de la explosión y los restos salpicaron todo el parabrisas de la nave: las manchas de ácido dibujaron líneas frágiles por toda su superficie.

Erik no pudo contenerse: echó la cabeza atrás y gritó triunfante. Pero la euforia le duró poco.

—¿Baleog? —dijo Olaf por el sistema de comunicación. Erik vio al vikingo del piloto liberado fuera del perímetro de los amos supremos y vio cómo daba la vuelta hacia donde estaba él.

—Varg aflojó el hielo que me rodeaba —dijo el piloto sepultado—. Necesito un par de segundos más, nada más.

Erik miró hacia atrás y analizó el hielo fracturado. A unos metros del cráter humeante que dejó el vikingo de Varg, descubrió la parte superior de otro vikingo que sobresalía del hielo. También vio unos cuantos mutaliscos yendo hacia él. La explosión los había asustado un poco pero parecía que habían superado su miedo rápidamente.

—Se te acaba el tiempo —dijo Erik y zambulló su nave hacia el vikingo sepultado de Baleog.

—Son demasiados —dijo Olaf. Erik vio que su vikingo se alejaba rápido—. No podemos enfrentarnos a todos.

—No será necesario —dijo Erik. Él sabía cómo manejarse en una gresca aérea y, por primera vez en el día, se sintió confiado. El acelerón familiar de las endorfinas causadas por la batalla se sintió tan bien como lo recordaba—. Vamos a engañar a estos mutaliscos como Varg había planeado engañar a la colonia entera.

—¡Entiendo! —dijo Olaf—. No es necesario enfrentarlos a todos. Solo es cuestión de atraerlos lejos de Baleog hasta que pueda liberarse.

—¡Exacto!

Erik se dirigió a un punto en el extremo derecho de la bandada de mutaliscos. Entonces comenzó a disparar munición tras munición de torpedos. No le importó mucho dónde impactaban siempre que impactaran en algo. En un entorno tan lleno de objetivos, sabía que a algo le iba a dar.

Cuando los primeros torpedos reventaron a un grupo de mutaliscos que habían estado aleteando demasiado juntos, Erik vio otro conjunto de Lanzor pasar por encima de su hombro derecho. Buscaron sus propios blancos y contribuyeron al caos.

—¡Ya los huelo! —dijo Baleog—. Los zerg. Están penetrando mi blindaje. ¡Vienen por mí!

—¡Aguanta! —Erik miró hacia atrás y vio que Olaf salía volando hacia arriba a toda velocidad y la imagen lo hizo sonreír. Un grupo enorme de mutaliscos que se habían estado acercando a Baleog cambió su vector de ataque y, en cambio, se dispuso a seguir a Erik y a Olaf. El plan había funcionado.

Un desparramo de gusanos gladia de color verde brillante volaron por los aires. Un par pasaron muy cerca del vikingo de Erik pero ninguno dio en el blanco. Los vikingos estaban demasiado lejos y Erik pensaba mantenerse así... Al menos el tiempo suficiente para darle una oportunidad a Baleog.

—¡Ahí tienes esos minutos que querías, Baleog! —dijo Erik por el comunicador—. ¡Aprovéchalos!

—¡Los oigo afuera! ¡Están penetrando mi casco!

—¡Sal de ahí! —dijo Erik—. ¡Ahora mismo! ¡Ahora!

Por un momento, el comunicador quedó en silencio y Erik temió que las cucarachas hubieran destruido la antena de Baleog. Tal vez lo estaban haciendo pedazos, tal vez Baleog estaba dando sus últimos alaridos pero Erik y Olaf no oyeron nada. Tal vez era lo más piadoso que les podría haber pasado en todo el día.

Entonces, el hielo que rodeaba la nave de Baleog se desprendió y un tercer vikingo se unió a Erik y a Olaf en el aire helado. Baleog rugió triunfal.

—¡Estoy bien! —dijo Baleog mientras aceleraba por la parte del cielo llena de bichos—.

¡Larguémonos de aquí!

Los malditos mutaliscos eran ágiles y se movían rápido, buscando acorralar a los vikingos. Pero los zerg no se comparaban con la potencia de esas naves terran. Erik y Olaf lograron evadir los ataques de los mutaliscos hasta que encontraron la luz del día y se liberaron. Pronto, los pilotos volaron solos.

Una vez que estuvieron lejos de los zerg, dieron la vuelta formando un arco amplio calculado para intersectar la ruta de Baleog, que también hizo una curva para alcanzarlos. En pocos minutos, se encontraban volando en formación, con Erik al frente y los otros a sus flancos.

Erik echó un vistazo a su cámara trasera para ver las ruinas de la cresta, la avalancha de hielo y nieve que había caído en su base y la columna ancha de humo y vapor que seguía brotando de donde había explotado el vikingo de Varg. Sacudió la cabeza con incredulidad. Tanta destrucción en tan poco tiempo.

—¿Creen que con eso bastó? —dijo Baleog.

—Eso espero —dijo Olaf—. No creo que podamos sobrevivir a otro incidente como ese.

—Mi nave es la única que quedó entera— dijo Erik—. Podría volver y darles con todo lo que tengo.

—Olvídalo, novato —dijo Olaf—. Me salvaste la vida ahí atrás. Si intentas volver, iré contigo.

—Creo que ya perdimos suficientes vikingos por un día —dijo Baleog—. Volvamos a casa... antes de que deje de existir.

—Seguro que dejaron los barriles puestos en la taberna —dijo Olaf—. Cerveza gratis hasta el fin del mundo.

—Bien —dijo Erik con voz solemne. Con algo de suerte, Kyrie y Sif ya estarían lejos y a salvo antes de que él y los otros dos vikingos llegaran a la base, y el trío tendría algo de tiempo libre antes de que saliera el próximo transporte. —A brindar por los amigos caídos y a contar su historia.